



UNO

Jessica Davis solía pensar que era una completa tragedia que solo el veintiséis por ciento de las mujeres creyera en el amor verdadero. Por supuesto que eso era lo que creía diez años atrás, cuando no podía ni imaginar sentir otra cosa que no fuera una obsesión profunda y pasional por el hombre que un día se convertiría en su ex. Esta noche, sin embargo, en su tercera primera cita en siete años, le sorprendía que el porcentaje fuera tan alto.

–Veintiséis por ciento –murmuró para sí misma, acercándose al espejo del baño para aplicarse más lápiz labial–. Veintiséis de cada cien mujeres creen que existe el amor verdadero.

Le colocó la tapa al labial y soltó una risita, que su reflejo, consumido por el cansancio, le devolvió. Lamentablemente,



su noche distaba mucho de haber terminado. Aún tendría que sobrevivir al plato principal; los aperitivos le parecían haber durado una eternidad, probablemente debido al hábito de Travis de hablar con la boca llena mientras narraba con lujo de detalles cómo había encontrado a su esposa en la cama con su socio y lo engorroso que era el proceso judicial para divorciarse. Jess llegó a la conclusión de que, considerando lo incómodas que suelen ser las primeras citas, podría haberle ido peor. Esta era, sin lugar a duda, mejor que la que había tenido la semana anterior con un hombre que se había emborrachado tanto que, al llegar al restaurante, cayó rendido por el sueño, antes de que hubieran ordenado la comida.

–Vamos, Jess. –Lanzó el labial dentro de su bolso–. No tienes que preparar ni servir la cena, ni tampoco lavar los platos. Los deliciosos platillos son razón suficiente para aguantar, al menos, una amarga historia más sobre su exesposa.

La puerta de uno de los baños se abrió, lo que hizo que se sobresaltara, y de allí salió una rubia esbelta que la miró con lástima.

–Dios, ya lo sé –gimió frustrada Jess, dándole la razón–. Estoy hablando sola en un baño público. Un claro indicio de cómo está yendo mi noche.

No se rio, tampoco le sonrió con amabilidad ni mucho menos le brindó apoyo emocional. En su lugar, la rubia se dirigió hasta un lavabo, lo más lejos de ella posible, y se lavó las manos.

¿Qué más da?

Intentó concentrarse en su bolso, hurgando entre sus cosas, pero no pudo despegar la vista de la mujer. Sabía que no era de buena educación quedarse mirándola fijamente, pero su maquillaje estaba impecable y su manicura era perfecta. ¿Cómo rayos hacían algunas mujeres para verse tan impolutas? Para ella, el mero hecho de salir de casa con la cremallera de los pantalones cerrada era un logro. Una vez, hasta se había reunido con un cliente para entregarle un informe de análisis de estadísticas para todo un año fiscal con cuatro pasadores de mariposa de Juno adornándole el frente de su chaqueta. Era probable que aquella despampante desconocida nunca se hubiera visto en la obligación de cambiarse de ropa después de haber pasado un largo rato limpiando la purpurina del pelaje de su gato y de la piel de su hija de siete años. Era probable que nunca hubiera tenido que disculparse por llegar tarde. Era probable que tampoco tuviera que depilarse, su piel ya era naturalmente suave.

—¿Te encuentras bien?

Jess parpadeó, volviendo al presente; cayó en la cuenta de que la mujer le estaba hablando. No había manera de fingir que no se había quedado mirándole fijamente el escote.

Resistiendo el impulso de esconder sus atributos no tan impresionantes, la saludó desde lejos, con timidez y muerta de la vergüenza.

—Lo siento. Estaba pensando que probablemente tu gatita tampoco esté cubierta de purpurina.

—¿Mi qué?

Jess volteó a verse en el espejo de nuevo. *Jessica Marie*

Davis, contrólate. Ignorando la presencia de su espectadora, canalizó a Nana Jo, su abuela, en su reflejo:

–Aún te queda mucho por vivir. Vuelve a esa cita, come un poco de guacamole y vete a casa –se dijo en voz alta–. No tengo ningún apuro.



–Solo digo que el tiempo corre. –Fizzy hizo un gesto en el aire, señalando el trasero de Jess–. Esas pompis no se mantendrán firmes en su lugar por siempre, ¿sabes?

–Puede que no –dijo Jess–, pero Tinder tampoco va a ayudarme a encontrar a un hombre de calidad que las sostenga.

Fizzy alzó la barbilla, ofendida.

–Gracias a Tinder tuve el mejor sexo de mi vida. Ya te digo que te rindes fácilmente. Estamos en la era en la que las mujeres disfrutan del placer y no se avergüenzan por llegar al orgasmo una vez, dos veces y una vez más para el camino. Puede que Travis esté obsesionado con su exesposa, pero vi su foto y se ve tan ardiente como el mismísimo infierno. Puede que incluso te hubiera hecho estremecer por una hora o dos después de haber comido unos churros, pero nunca lo sabrás porque te fuiste antes de pedir el postre.

Jess se quedó callada. *Quizá...*

–Maldita seas, Fizzy.

Su mejor amiga se reclinó en la silla, sonriendo con satisfacción. Si algún día Felicity Chen decidía empezar a vender

lejía, le entregaría todo su dinero sin pensarlo. Fizzy estaba hecha de carisma, ocultismo y mal genio. Esas cualidades la volvían una gran novelista, pero también eran la razón por la que Jess cometía locuras, como tatuarse la letra de una canción con errores de ortografía, soportar un flequillo mal cortado que no se parecía en nada al de Audrey Hepburn durante seis amargos meses en el año 2014 y asistir a una fiesta de disfraces en un sótano en Los Ángeles que había resultado ser una reunión para fanáticos del BDSM. Cuando Jess le preguntó: “¿Me trajiste a una fiesta erótica en un sótano?”, la respuesta que le dio fue: “Sí, ¡todo el mundo tiene un sótano en Los Ángeles!”.

Fizzy se puso detrás de la oreja un mechón de su brillante cabello negro.

–De acuerdo, es hora de que planeemos tu siguiente cita.

–No. –Jess abrió su laptop e ingresó a su correo, pero, aunque fijara la vista en otra parte, le fue imposible ignorar la mirada de reproche de su mejor amiga–. Fizz, tener citas es complicado cuando tienes una hija.

–Siempre pones esa excusa.

–Porque siempre tengo una hija.

–También cuentas con el apoyo de tus abuelos, que casualmente son tus vecinos y están más que dispuestos a cuidarla mientras estás en una cita, y con el de tu mejor amiga, que piensa que tu hija es mucho más buena onda que tú. Solo queremos que seas feliz.

Ya lo sabía. Ellos eran la única razón por la que se había animado a explorar el mundo de Tinder.

–Bien, voy a seguirte la corriente. Digamos que conozco a un hombre increíble, ¿en dónde dormiríamos? Era distinto cuando Juno tenía dos años. Ahora vivo con una niña de siete que tiene el sueño ligero y un oído perfecto, y la última vez que fui a la casa de un tipo, estaba tan sucia que cuando me levanté para ir al baño, su ropa interior se me quedó pegada en la espalda.

–¡Qué asco!

–Estoy de acuerdo.

–Aun así. –Se frotó el labio con un gesto pensativo–. Jess, los padres solteros se las apañan todo el tiempo. Por ejemplo, Mike y Carol de *La tribu Brady*.

–¿Tu mejor referencia es una serie de televisión que se emitió hace cincuenta años? –Mientras Fizzy más se esforzaba por convencerla, menos ganas tenía Jess de volver a salir con alguien–. En 1969, solo el trece por ciento de las personas eran padres solteros. Carol Brady era muy avanzada para su época, yo no.

–¡Vainilla *latte*! –anunció el barista, Daniel, en medio del bullicio que había en la cafetería.

Fizzy le hizo una seña a su amiga de que aún no había terminado de ser un dolor de cabeza, y se puso de pie para dirigirse al mostrador.

Jess iba la cafetería Twiggs de lunes a viernes prácticamente desde que había empezado a trabajar de manera *freelance*. Su vida, que en esencia se desarrollaba en un radio de cuatro calles, ya era lo suficientemente manejable tal como estaba. Su rutina se basaba en llevar a Juno a la escuela que se

encontraba al final de la calle del complejo de apartamentos en el que vivía, mientras Fizzy reservaba la mejor mesa de la cafetería –la del fondo, lejos de la luz que entraba por la ventana, pero cerca del único tomacorriente que aún funcionaba–. Una vez ubicadas en su mesa, Jess trabajaba con números y estadísticas, en tanto Fizzy escribía novelas y, en un intento por no abusar de la hospitalidad de la cafetería, habían creado un circuito en el que cada hora y media pedían otro café, lo cual había resultado ser un beneficio extra, porque las incentivaba a trabajar más y a chismosear menos.

Excepto hoy. Ya podía presentir que su amiga no se iba a guardar nada.

–De acuerdo –regresó con el café y un pastelito de arándanos enorme y se tomó unos segundos para acomodarse en su asiento–, ¿por dónde iba?

Jess mantuvo la mirada fija en la pantalla de su laptop, fingiendo que leía un correo que le había llegado.

–Creo que estabas a punto de decir que yo soy la dueña de mi vida y que debería hacer lo que yo crea que es mejor para mí.

–Ambas sabemos que eso no es algo que yo diría.

–Recuérdame, ¿por qué soy tu amiga?

–Porque te inmortalicé como la villana de mi novela *El corsé carmesí* y, como los fans te aman, no puedo hacer que mueras.

–A veces me pregunto si respondes a las preguntas que te hago o si les respondes a las voces en tu cabeza –comentó Jess.

Fizzy empezó a quitarle el envoltorio al pastelito.

–Lo que iba a decir es que no puedes tirar la toalla solo porque tuviste una mala cita.

–Es que no se trata de solo *una* mala cita –replicó–. Se trata de lo agotador y de lo extraño que es el proceso de intentar parecerle atractiva a los hombres. Soy una persona que se dedica a las estadísticas de manera *freelance*, y de todo mi guardarropa, las prendas que considero las más sensuales son una camiseta vieja de *Buffy, la cazavampiros* y unos vaqueros rasgados. Mi pijama favorito es una camiseta que era de mi padre y un pantalón de yoga para embarazadas.

–No –se lamentó Fizzy.

–Sí –afirmó–. Además, tuve una hija cuando la mayoría de los de nuestra edad aún fingía que le encantaba ese asqueroso licor alemán, Jägermeister. Verme elegante y perfecta en una app de citas es casi una misión imposible.

Fizzy se rio.

–Detesto no pasar tiempo con Juno por salir con un hombre que, probablemente, no vuelva a ver jamás.

Su amiga la miró, con los ojos oscuros cargados de incredulidad, tomándose unos segundos para asimilar lo que acababa de decirle.

–Así que... ¿eso es todo? ¿No saldrás con nadie? Jessica, solo tuviste tres citas con tres hombres supersexys que resultaron ser superaburridos.

–Exacto, no saldré con nadie hasta que Juno sea mayor.

–¿Qué tan mayor? –La observó con suspicacia.

–No lo sé. –Levantó la taza para darle un sorbo a su café,

pero se distrajo cuando el hombre al que se referían como “Americano” entró dando zancadas a la cafetería y se dirigió al mostrador justo a tiempo –a las 8:24 de la mañana–, deslumbrando con sus piernas kilométricas y su cabello oscuro, su actitud hosca y malhumorada y evitando el contacto visual–. ¿Cuando se vaya a la universidad, tal vez?

Al despegar la vista de Americano, Jess notó que Fizzy la observaba horrorizada.

–¿A la *universidad*? ¿Cuando tenga dieciocho? –Al darse cuenta de que todos en la cafetería las estaban mirando, bajó la voz–. ¿Acaso estás diciéndome que, si me pusiera a escribir una novela basada en tu futura vida amorosa, la protagonista sería una mujer que le enseña todos sus atributos a un hombre por primera vez en dieciocho años? Por supuesto que no, cariño. Ni siquiera tu inmaculada vagina podría aguantar tanto.

–Felicity.

–Debe ser como una tumba del Antiguo Egipto ahí abajo, prácticamente momificada.

Ya en la caja, Americano ordenó su café y se hizo a un costado absorto, escribiendo algo en su teléfono.

–¿Cuál es su problema? –murmuró Jess.

–Estás enamorada de ese hombre. ¿Te das cuenta de que te lo quedas viendo cada vez que entra a la cafetería?

–Puede que su semblante me parezca fascinante.

Fizzy miró descaradamente el trasero de Americano, pero el abrigo que tenía puesto le tapaba la vista.

–¿Así vamos a llamarle ahora? ¿Su “semblante”? –Se

inclinó para escribir algo en la libreta de ideas que siempre tenía a mano.

–Pues sí. Cada vez que viene aquí, su actitud sugiere que asesinaría a cualquiera que se atreviera a hablarle –bromeó.

–Quizá es un asesino a sueldo.

Jess también se tomó un momento para mirarlo de pies a cabeza.

–Más bien es profesor de Arte de la Edad Media y alérgico a la sociabilidad. –Hizo un esfuerzo por recordar cuándo había sido la primera vez que lo vio entrar a la cafetería. ¿Hacía dos años, tal vez? Casi todos los días, cada mañana a la misma hora, el mismo café y el mismo silencio amargo. Estaban en un vecindario peculiar y Twiggs era el corazón del lugar. La gente venía a pasar el rato, a beber café, a conversar; Americano sobresalía entre los demás, no por ser diferente o excéntrico, sino por permanecer casi en completo silencio en medio de una multitud de personas ruidosas, alocadas y encantadoras–. Se viste bien, pero por dentro no es más que un cascarrabias.

–Bueno, quizá le venga bien tener un poco de sexo, como a alguien que conozco.

–Fizz, sí he tenido sexo desde que tuve a Juno –aseguró, exasperada–. Solo digo que no tengo mucho tiempo libre como para comprometerme en una relación seria y no estoy dispuesta a padecer una cita completamente aburrida y horrible solo para tener un orgasmo. Ya hay un montón de juguetes y dispositivos para eso.

–No me refiero únicamente al sexo –replicó Fizzy–,

sino también a que debes dejar de anteponer la felicidad de los demás a la tuya. –Hizo una pausa para hacerle señas a Daniel, que limpiaba la mesa de al lado–. ¿Escuchaste eso, Daniel?

Él se enderezó y le dedicó a Fizzy la sonrisa que la había inspirado a crear al protagonista de *El diablo de la suerte* con el fin de poder hacerle todas las cosas obscenas que no se animaba a hacer en la vida real y que nunca haría, pues Daniel y Fizzy habían salido por un corto período de tiempo el año anterior, pero la relación terminó tan rápido como empezó, cuando se encontraron de casualidad en una reunión familiar de la *misma* familia.

–¿Cuándo *no* se las escucha? –respondió Daniel.

–Excelente, entonces dile a Jess que tengo razón.

–¿Quieres que dé mi opinión sobre si Jess debería usar Tinder para acostarse con alguien? –preguntó.

–De acuerdo, ya entendí –se lamentó Jess–. Así es como se siente tocar fondo.

–¡O cualquier otra app de citas que le guste! –exclamó Fizzy, ignorándola por completo–. Es una mujer joven y sensual. No debería desperdiciar sus últimos años de sensualidad vistiendo pantalones de maternidad y camisetas viejas.

Jess le echó un vistazo a su atuendo, lista para protestar, pero las palabras no le salieron.

–Puede que no –dijo Daniel–, pero si ella es feliz, ¿caso importa si va arreglada o no?

Sonrió victoriosa.

–¿Ves? Él está en mi equipo... más o menos.

–¿Sabes? –Daniel se volteó a hablarle a Jess, jugueteando con el trapo, y le sonrió con superioridad, como si supiera algo que ella no–. Americano también es un romántico.

–Déjame adivinar –dijo Jess, sonriendo de oreja a oreja–: ¿es el anfitrión de una fiesta erótica con temática de Dothraki?

Fizzy fue la única que se rio. Daniel se encogió de un hombro, restándole importancia.

–Su empresa está a punto de lanzar una tecnología de punta para ayudar a otras personas a encontrar pareja.

Ninguna de las dos emitió palabra. *¿Una qué?*

–¿Para encontrar pareja? –preguntó Jess–. ¿Hablas del mismo hombre que viene a esta cafetería a diario y que nunca nadie ha visto sonreír? –Señaló la puerta detrás de ella por la que Americano había salido hacía un momento–. *¿Ese hombre, cuyo atractivo se ve opacado por su carácter malhumorado y antisocial?*

–El mismísimo –asintió Daniel–. Puede que tengas razón con eso de que le vendría bien un poco de sexo, pero yo creo que se las apaña bastante bien por su cuenta.



Al menos Fizzy le había dado el sermón un lunes, ya que los lunes su abuelo se encargaba de recoger a Juno de la escuela y luego la llevaba a la biblioteca. Así que Jess tuvo tiempo de redactar una propuesta de negocios para Genentech, de agendar una reunión con Whole Foods para la semana próxima

y de preparar unos cuantos balances antes de emprender la caminata hacia su hogar y preparar la cena.

Como casi nunca usaba el auto, no recordaba cuándo había sido la última vez que le cargó combustible. De hecho, en diez años de uso apenas había recorrido cincuenta mil kilómetros.

Todo mi mundo se encuentra al alcance de mi mano, pensó satisfecha durante el trayecto a casa. University Heights era la combinación perfecta de edificios y casas de todos los tamaños, rodeados de cafeterías y empresas privadas. Honestamente, lo mejor de la cita de la noche anterior había sido que Travis aceptara cenar en El Zarape, el restaurante de al lado. Además de tener que soportar la conversación más aburrida de la historia, haber tenido que conducir varios kilómetros hasta Gaslamp hubiera sido aún peor.

Poco antes de que anocheciera, el cielo, cubierto por unas gigantescas nubes grises, amenazaba con traer una lluvia que sacaría de onda a cualquiera que viviera en el sur de California. Como todos los lunes, unas cuantas personas causaban alboroto en la terraza de la nueva cervecería de la esquina y la extensa fila para entrar al restaurante de comida tailandesa, Bahn Thai, se estaba convirtiendo rápidamente en una manada de lobos hambrientos; había tres de ellos sentados en la entrada para personal autorizado, ignorando el cartel que decía que estaba prohibido sentarse allí. El inquilino de los abuelos de Jess, el señor Brooks, había instalado una cámara de seguridad en el frente del complejo de apartamentos y casi todas las mañanas le daba un informe detallado de cuántos

universitarios se habían sentado a fumar delante de su departamento mientras esperaban conseguir una mesa. Divisó su edificio. Cuando tenía cuatro años, Juno lo había bautizado como “El Salón Harley” y, aunque no tuviera la estética ostentosa para que se lo considerara un establecimiento de lujo, por costumbre continuaban diciéndole así. El Salón Harley era de un color verde brillante, lo cual lo hacía sobresalir entre los edificios contiguos, de color marrón. La fachada estaba adornada con una franja horizontal de tejas rosas y moradas que formaban un patrón de arlequín; las macetas que decoraban las ventanas eran de un rosa eléctrico y rebasaban de coloridas magnolias casi todo el año. Sus abuelos, Ronald y Joanne Davis, compraron el complejo el año en que Ronald se retiró de la marina. Ese también había sido el año en que su novio, con el que llevaba años saliendo, decidió que no estaba listo para ser padre y que no quería abstenerse de tener sexo con otras mujeres. Finalmente, Jess se graduó de la universidad, empacó todas sus cosas y las de Juno, que en ese momento tenía dos meses, y se mudó al apartamento de dos ambientes de la planta baja, frente al bungalow de sus abuelos, al final del corredor. Antes de mudarse al campus de la Universidad de California en Los Ángeles, había vivido toda su vida en el vecindario de al lado, Mission Hills, por lo que no le había costado nada adaptarse. Ahora, su pueblito perfecto la acompañaba en la crianza de *su* hija.

La puerta lateral emitió un chirrido cuando la abrió y luego se cerró a sus espaldas. Jess atravesó un pasillo y cruzó el patio que separaba su apartamento del bungalow

de sus abuelos. El frondoso jardín parecía sacado de Bali o de Indonesia. Se oía el suave gorgoteo de las fuentes de piedra y la atracción principal eran unas deslumbrantes buganvillas de color magenta, coral y violáceo que cubrían por completo los muros y el cercado.

Apenas puso un pie dentro del apartamento, una niña con trencitas se le echó encima.

—¡Mamá, traje un libro sobre serpientes de la biblioteca! ¿Sabías que las serpientes no tienen párpados?

—Yo...

—También, se tragan la comida entera y sus oídos están dentro de su cabeza. Adivina: ¿en dónde es imposible encontrar serpientes? —Los ojos azules de Juno la observaban sin pestañear—. Adivina.

—¡En Canadá!

—¡No, en la Antártida!

Jess se abrió camino hacia el interior del apartamento, la miró sobre su hombro y exclamó:

—¡No puede ser!

—Es cierto. Y, ¿recuerdas la cobra que salía en *El corcel negro*? Bueno, las cobras son la única especie que construye nidos y, además, pueden vivir hasta veinte años.

Ese dato realmente la sorprendió.

—Espera un segundo, ¿de verdad? —Dejó su bolso en el sofá que estaba pegado a la puerta y se dirigió a la despensa para ver qué había para cenar—. Eso es increíble.

—Sí, de verdad.

De repente, se quedó callada y Jess sintió que se le hundía

el pecho cuando cayó en la cuenta. Se volteó a ver a su hija, que la observaba con ojos de cachorro: una señal de que iba a rogarle por algo.

–Juno, cariño, no.

–¿Por favor, mami?

–No.

–El abuelo dice que podría adoptar una serpiente del maíz. En el libro dice que son muy buenas. ¿O quizá una pitón bola?

–¿Una pitón? –Puso a una olla con agua–. ¿Acaso has enloquecido, niña? –Señaló a la gatita, Paloma, que dormía plácidamente bajo el último rayo de luz que entraba por la ventana–. Una pitón se comería a ese animal.

–Una pitón bola –corrigió–. Y jamás dejaría que le hiciera daño.

–Si el abuelo te está incentivando a que adoptes una serpiente, entonces él mismo puede tenerla en su casa.

–Nana Jo ya dijo que no.

–Me lo imaginaba.

Juno refunfuñó, dejándose caer en el sofá. Jess se acercó, se sentó a su lado y la envolvió en un abrazo. Tenía siete años, pero aún era pequeña; aún tenía manos de bebé y hoyuelos en los nudillos, olía a champú de bebé y a pino. Cuando la niña le rodeó el cuello con sus bracitos, se tomó un momento para aspirar su aroma. Su hija tenía su habitación ahora, pero habían dormido juntas hasta que cumplió los cuatro años y, a veces, Jess se despertaba en medio de la noche y experimentaba un dolor punzante, añoraba sentir

a su bebé entre sus brazos. Su propia madre le había dicho que era necesario que le quitara ese hábito, pero Jamie Davis era la menos indicada para dar consejos de maternidad. Además, había un lado de la cama que siempre estaba vacío, y por cierto, Juno era excelente dando abrazos, medalla de oro en el arte del acurrucado. La niña escondió la cara en el cuello de su madre e inspiró profundo, apegándose más.

–Mami, anoche tuviste una cita –susurró.

–Ajá.

Juno estaba entusiasmada por la cita, no solo porque amaba pasar tiempo con sus bisabuelos y por la comida que Nana Jo le preparaba cuando su madre salía, sino también porque recientemente habían visto *Una noche en la ciudad* y Fizzy le había contado que aquella era una muy buena representación de lo que era una cita. En la mente de Juno, podría terminar saliendo con Thor.

–¿Fueron al centro? ¿Te compró flores? –Se echó hacia atrás para verla de frente–. ¿Lo besaste?

Jess soltó una carcajada.

–No, no lo besé. Cenamos y luego volví a casa.

Juno la estudió con los ojos entrecerrados, convencida de que en una cita debía haber más que *solo* una cena. Se levantó de un salto, como si hubiera recordado algo, y corrió hasta su mochila, que había dejado junto a la puerta.

–Traje un libro para ti, también.

–¿Ah, sí?

Regresó con el libro en mano y, una vez sentada en su regazo, se lo entregó.

Ser grandiosa en la mediana edad: La guía definitiva de citas para mujeres de cuarenta, cincuenta y más años.

–¿La tía Fizz te obligó a traérmelo? –Jess se rio, sorprendida.
La niña soltó una risita alegre.

–Le envió un mensaje al abuelo.

Por encima de su cabecita, Jess divisó la pizarra que colgaba cerca del refrigerador. Un cosquilleo la recorrió de pies a cabeza. Escrito en la letra risueña de Juno se leía:

METAS PARA EL AÑO NUEVO.

NANA Y EL ABUELO

Contratar un entenador personal

Salir a caminar todos los diaz

JUNO

Que me guste brocoli

Haser la cama todas manianas

¡Haser algo nuebo cada domingo!

MAMÁ

¡Haser algo nuebo cada domingo!

¡Nana dise que seas mas egoista!

Haser mas cosas que den miedo.

Okey, Universo, pensó Jessica, ya entendí. Si Carol Brady fue una pionera, quizá era hora de que Jess también lo intentara.